

Leyendas en presente



NURIA BARBOSA LEÓN

Índice

Amor imposible	2
Encuentro con el mar	3
Leyenda	5
La Ceiba	6
El novio oculto	8
La paciente María	9
El amor y el odio	11
El dueño	12
La profecía	14
Historia real	15
Fábula de madre e hija	17
Matinée infeliz	18
Libertad	19
Recuerdos de 50 años	20
La valentía y los espíritus	22
La pelea	23
Enigma	25
Sonido para ver	26
Isla	28
Un médico brasileño en Venezuela	29
Alumbramiento	31
Recorrido	32
Nacimiento previsto	33
El sueño	34
Parto	37
Trágico suceso	38
Paseo	40
Barco de historia	41
Disputa	43
Nacimiento	44
Pronóstico	45
Anónimo	46
Nombre	47
La primera clase	49
Pedido	50
El desmochador	51
La lágrima	53

Amor imposible

El cariño, en su etapa juvenil, sintió que sus hormonas se disparaban.
Le vino la erección ante una sonrisa, una fotografía o una mirada.
Su deseo se enmascaró en la vestimenta, en las sombras de una ventana y frente a un verbo sagaz.

Una joven abanicándose en el balcón lo cautivó en el primer encuentro.

No le vio su figura de caimán, tampoco su color verde y mucho menos su calor intenso.

Sólo conoció de su solidaridad, de su deseo de prosperidad, y del hermoso gesto de ser humano.

El cariño, entonces, sólo soñaba con un nombre: ¡Cuba!

Encuentro con el mar

Quizás sería imposible describir a otros pacientes. En mi profesión de enfermera conozco a muchos, pero una pareja de paraguayos marcaron mi memoria.

Ligia y Cipriano (sus compatriotas le decían Cipri). El, un campesino, con arrugas hasta en el sombrero pero con una ceguera total en ambos ojos. Ligia, su acompañante se mostraba todo el tiempo atenta a él y al centenar del grupo que viajaron en enero del 2006. Fueron alojados junto a miles de latinoamericanos en Villa Tarará, un balneario ubicado a 20 km del centro de la Habana y que fue asumido como clínica internacional para la Operación Milagro

Ligia siempre tenía colgado a Cipriano de su brazo y juntos caminaron el primer día hasta la playa porque querían estar cerca del mar. Nosotros temimos de un catarro invernal y tratamos de impedir tal acción pero ellos nos pidieron con mucha fuerza la necesidad del sol y el agua marina.

Al regreso Cipriano dijo: “Hoy lo sentí, pero muy pronto lo veré”.

En los exámenes preoperatorio, a Cipriano se le detectó una diabetes, enfermedad crónica que se puede controlar con dieta y medicamentos. Quizás fuera la causa de su ceguera pero no tuvo noción de padecerla. No conocía de su existencia y menos aún que necesitaría una alimentación diferenciada para contrarrestarla.

Supimos por su Historia Clínica que Cipriano provenía de Yatayty del Norte, departamento de San Pedro de Ycuamandiyú, Paraguay. Entre conversaciones también conocimos que Ligia no era su pariente. El “anciano” tenía sólo 53 años pero su apariencia era de un hombre mucho mayor. Estaba abandonado en su chacra, sin otra esperanza que inventar su comida del día y resignado a la oscuridad de sus ojos.

Cipriano fue un paciente con larga estadía en nuestro centro, casi un mes, los demás venían y regresaban a su país en menos de una semana, porque todo consistía en realizar los exámenes preoperatorio, decidir la operación, operarlo, y luego comprobar el resultado. Como se disponía de todo el equipamiento tecnológico, esas acciones se convertían en una rutina de pocas horas.

Cipriano cumplía disciplinadamente con todas las orientaciones, velaba por su medicamento cual si fuera un relojero y los recibía con total alegría. Ligia en cambio, escribía todas las impresiones en su agenda para no olvidar un detalle y relatar la historia a su regreso.

El día de la operación me dijo Cipriano: “Seño, yo no sé leer, pero anote la fecha de hoy porque volveré a nacer”.

Así ocurrió, anoté la fecha y la del siguiente día en que le quitaron la venda de los ojos. Su alegría era infantil, tocaba todo a su alrededor, su diversión era contarnos los colores de los objetos que veía y reconocer hasta la tierra que pisó. Su último pedido antes de volver a su país fue ir al mar.

A su regreso me dijo:

--Ahora lo entiendo, soy hijo del mar y por eso nací nuevamente en Cuba

Quiso besar mi mano en señal de retribución, pero para mí, como cubana era humillarse ante algo insignificante. No lo dejé y entonces lloró. No por mi mal gesto sino por el agradecimiento albergado en su corazón y porque la lágrimas son también parte del mar.

Leyenda

La joven Cuba siempre estuvo acompañada de los espíritus. Infinitudes de veces el egoísmo y la desigualdad querían entrar a la familia. Incluso se disfrazaban y portaban las mascararas del encanto, pero su identidad se develaba por algún motivo.

Su esfuerzo por acabar con la voluntad de la criolla se hizo notar con el robo de cerebros y el saqueo a los recursos naturales, con el único fin de saciar el paladar de la lujuria. La juventud, impregnada de amor, poco le importaba la escasez si los amigos estaban cerca.

Explosivos de ideas y proyectiles culturales regaron el aroma de la paz, entonces la joven feliz se vistió de gala y colocó a su lado al humanismo.

La solidaridad apareció una tarde, bajó de la Sierra vestida de verdeolivo y con la barba muy larga.

Su estrella dio luz y cegaba los ojos al egoísmo. Este, no tuvo otra alternativa que huir y en su carrera apresurada abrió grietas por donde la luz de la estrella fue penetrando.

No murió, pero quedó acorralado en una pared sin salida.

La Ceiba

Recuerdo la llegada de la maestra Lucy al cacerío del Cuartón del Almendrón, en la municipalidad del Uvero en la Sierra Maestra. Era septiembre del año 1960 y se corría el rumor de la inauguración de una escuela en ese lugar donde sólo transitaban las mulas de arrees cargadas de café

Los muchachos hicimos círculo alborotando alrededor de ella. Nos imaginamos a una señora blanca, vestida de traje con zapatos de tacón, y llegó una muchacha delgada, mestiza, con pantalón verde olivo y camisa gris, arrastrando unas pesadas botas enfangadas y con una mochila al hombro donde guardaba su hamaca y todos los enseres para alimentarse.

Aquella joven tendría la edad del mayor de nuestra pandilla, en un momento hizo la historia que procedía de Santiago de Cuba y que subió al Pico Turquino para graduarse como maestra voluntaria en el Primer Contingente de jóvenes que acudieron al llamado de Fidel para enseñar a los campesinos.

Nos llenó de orgullo saber que desafió a su padre cuando llenó la planilla de disposición y luego pasó penurias en el campamento La Magdalena, en la sierra bautizada como Minas del Frío porque no se saciaban los temblores del cuerpo producido por la humedad y el clima.

Contó de las largas caminatas, las comidas mal elaboradas, las anécdotas de no ser el hazme reír con la lentitud al caminar o el bautizo de “perder la moral” por las caídas de fondillo en los suelos fangosos y resbaladizos.

En breves palabras, dijo cómo aguantó las lágrimas en las mejillas para no regresar a su casa porque la movía la férrea voluntad de no ser un “rajaó”.

Lucy miró a los muchachos, preguntó los nombres y aseguró, -Mañana, todos temprano para iniciar las clases.- Alguien preguntó: ¿dónde? Ella ubicó la mata de ceiba y nos dijo: “Allí”.

En el primer día de clases, se cantó el Himno Nacional, se izó la bandera cubana, se habló de Martí y de la Revolución. En la jornada Lucy nos pidió que hiciéramos actividad productiva para reunir algunas piedras que sirvieran de asiento. También se consiguió pencas de mata de coco como pizarra, nos entregó un cuaderno a cada uno con un lápiz y nos enseñó a coser libretas confeccionadas de papel cartucho.

Así mismo reunió a los adultos y les pidió construir la escuela y en breves días fue hecha con cuatro horcones de madera, techo de yagua y madera de palma. A ellos les enseñó las letras y los números, pero también a confeccionar zapatos de telas porque no quería alumnos descalzos en su clase.

Cuando la escuela estuvo terminada, vino otro joven dirigente a visitarnos, entonces se nos ocurrió la idea del nombre. Se propuso La Esperanza, La Luz, e incluso La Ceiba por el lugar donde se iniciaron las clases

Pero Lucy fue certera y se hizo un gran silencio de aprobación cuando llamó a nuestra primera escuela “Ejército Rebelde”.

El novio oculto

La solidaridad y el humanismo vagaban por senderos diferentes, ninguno se conocían, ni siquiera, de cerca.

Jamás pudieron verse la cara, pero sin embargo las personas hablaban de los dos como si hubieran nacido del mismo vientre.

Cuentan que el humanismo se vistió de guerrillero y se alzó en una montaña llamada Sierra Maestra. Fue difícil hacer comprender cómo haciendo la guerra se construía la paz.

El primer día del mes de enero de 1959, el humanismo se hizo presente con su rostro poblado de barba y protegido con el collar de la Santa Ana.

Como se publicó la noticia en todos los periódicos, vinieron periodistas de todas partes y las cadenas de radio y televisión no se cansaron de repetir el hecho, fue así que la solidaridad lo conoció y aseguró no separarse jamás de ese joven apuesto y con ansias de amar

Para no abrumar al humanismo con tanto amor se convirtió en su sombra y donde quiera que lo viera, se apostó a su lado.

Aún el humanismo no sabe quién lo persigue y por qué siempre entrega en vez de recibir

La paciente María

Día de rutina en el mercado de San Cristóbal, en Táchira, Venezuela. Una señora se acercó con mucho cariño y habló en voz alta, casi a gritos.

--Ella es la doctora cubana que operó a mi mamá—se dirigió a la dependiente—quiero comprarle un regalo, lo que guste.

La morena cubana se sintió importunada y, avergonzada, expresó:

--Un saludo es suficiente.

Se apartaron hacia un lugar poco concurrido y la venezolana dijo:

--La invito a una merienda.

La doctora se excusó con el almuerzo tardío en el hospital y el estómago lleno. No pretendía ser descortés pero conocía que la familia de su paciente era de pocos ingresos.

Quizás casi nada para regalar. Preguntó:

--¿Cómo está María? ¿Llega a los ciento veinte años?

La cirujana recordó los antecedentes con una operación de cataratas antes de la hernia inguinal atascada que le extirpó. Llegó al servicio de emergencias remitida desde el Hospital Central de San Cristóbal, atendido por venezolanos, quienes no le hicieron mucho caso porque se trataba de una anciana de más de 80 años. Al recibirla, la doctora pensó: “este es un majá visco”, como dicen los cubanos a una muerte segura. Fue la hija quien hizo cambiar de opinión a la médico. “Mi mamá vive sola en su casa de La Fría, y nadie la ayuda en su rutina”. En la camilla se observaba una figura delgada, gastada por el vivir, encorvada por el dolor y dispuesta a la vida. El examen clínico diagnosticó la necesidad de una cirugía abdominal. La familia estuvo de acuerdo porque una negativa, también, la conduciría a la muerte.

María resistió la operación y evolucionó favorablemente, desmoralizó todo tipo de pronóstico. Al recibir su alta médica se despidió del personal del hospital con la certeza de celebrar sus ciento veinte años de vida.

--Esa es su meta --respondió la hija a la pregunta formulada por la doctora en el mercado—le cuento que fue operada de una cadera hace poco tiempo.

La doctora sintió admiración porque tanto ella como María y toda su familia conocen que de no existir los servicios gratuitos sostenidos por la colaboración médica cubana, su muerte ya tendría lápida.

--¿Qué busca en el mercado?

--Mañana es mi cumpleaños...—respondió, la médico y fue interrumpida

--Tiene que aceptarme un regalo, vamos aquel mostrador.

--No te sientas comprometida, el sólo hecho de saber de la salud de María me pone contenta.

--Doctora ningún dinero del mundo puede pagar la salud—Habló con mucha sinceridad y sentenció—Para toda mi familia la palabra Cuba, sólo significa ¡Esperanza!

El amor y el odio

El amor y el odio medían fuerzas entre los bíceps. Aquella competencia parecía no acabar porque ninguno se dejaba vencer. Ambos disfrutaban el éxtasis de los espectadores que gritaban a su alrededor para que el espectáculo continuara.

El ambiente estaba caldeado, las horas pasaban, las apuestas continuaban, el sudor corría y la bulla ensordecía.

Fue entonces que el amor y el odio se miraron a los ojos.

Como una magia, la competencia concluyó.

El dueño

Cuando triunfa la Revolución cubana en 1959, en mi casa no se conocía la política y apenas sabíamos quién gobernaba. Sin embargo hubo alegría por el cambio ¿Por qué?

Es difícil vivir en una casa de horcones de madera, techo de yagua y piso de tierra, más 11 muchachos y dos adultos. Las camas eran hamacas de saco y de los muebles enumero dos taburetes, una caja de cartón como mesa donde nadie se sentaba a comer y varios cacharros de cocina en un fogón adaptado a la leña o el carbón, según apareciera.

La camada de muchacho fue naciendo en una tierra, donde dolía el sol en el lomo para sacarle un boniato, allá en Oriente, cerca de un poblado llamado Cacocún y alejado casi dos kilómetros de los vecinos más cercanos. Lo peor era soportar la amenaza del dueño que siempre le parecía poco lo que se le entregaba por dejarnos tener la casa en su sitio.

Contra ese dueño, lo primero que sentimos fue miedo, siempre llegaba al rancho acompañado de su escopeta y por alguno de sus “hombres”. Luego el miedo se convierte en odio, y no se sabe cuando se siente uno o el otro.

Para poder pagar la renta todos los meses, además del sembrado que mantenía mi padre en los alrededores, también se iba como jornalero a otra finca para una paga de 15 pesos mensuales. Cuando los hermanos mayores tuvieron más edad, entonces se iban todos juntos en la madrugada para una paga de 36 pesos al mes. Esos muchachos no habían cumplido la mayoría de edad pero casi no sabían sus años, porque el trabajo los enseñó a arar la tierra antes de identificar la palabra llanto.

Bañarse en el río crecido por la lluvia era la fiesta de una vez al año. Arder en la fiebre del sarampión, el paludismo y el tifo, con cocimiento como único alivio, era la desesperanza con rostro de muerte. Andar descalzo, con un short como único vestido, y comunicarse con los animales era lo cotidiano. Trabajar y mirar el camino para recibir al padre con los alimentos del día era la fuerza para seguir viviendo.

No puedo recordar quién habló de Fidel, de la Sierra Maestra y de sus planes de cambio. Supimos del triunfo por los disparos en la madrugada y luego la carrera a caballo de uno de la zona que anunciaba la Revolución.

Por eso cuando el administrador de la finca vino a cobrar la renta en el mes de mayo, le hablamos de la Reforma Agraria y de los papeles dados en el INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria). Para ese entonces, ya nosotros, -también-, éramos los dueños.

La profecía

Cuentan de una profecía: El verso será el espejo para mirar el arte pero nunca será el mismo arte.

Los bardos lo dijeron de forma oral y la sociedad lo concibió en el amor, luego lo escribieron y lo publicaron en libros.

Un respiro se sintió cuando el verso dijo más que la palabra y una música interna brotó.

La lluvia se convirtió en sol, la tormenta en claridad y el rayo en resplandor.

La guitarra estuvo ahí, de espectadora, no lo buscó pero cuando el bardo alzó la voz, la cuerda se movió y el texto se revolucionó.

El verso y la guitarra temían encontrarse porque un brujo hizo una profecía pero hoy es imposible su divorcio.

Historia real

Yo recuerdo bien, aquella tarde. No puedo precisar la exactitud de la fecha, pero me viene a la memoria un día de verano en 1970.

En ese año se decidió suspender el desfile de comparsas y carrozas en los carnavales, Cuba estaba sumida en el compromiso de cumplir los diez millones toneladas de azúcar en la zafra.

Tenía 12 años de edad y andaba con mi amiguita Betty disfrutando de las actividades del Malecón. La novedad del momento era la gigantesca jarra de cerveza situada en una de las rotondas del parque Maceo que borboteaba espuma y se despachaba bien fría.

Para los niños y adolescentes quedaron otras jarras de menor tamaño ubicadas en la otra rotonda que vendía malta.

Lo vimos llegar, en una guagua de la ruta 67. Descendió de la Leylam, solo, como un paisano más. El chofer decía asustado: “se montó y me pidió que no hiciera otra parada que no fuera el parque Maceo”.

Todos lo vimos allí con su barba tupida y el pelo muy negro. Lo identificaba su uniforme verde olivo, sus grados de comandante, y su andar ágil.

En seguida se corrió la voz: “Es Fidel” y ya las personas no lo vieron como alguien que deseaba disfrutar de la fiesta. Miradas indiscretas lo seguían a todos lados y yo rápidamente corrí a mi casa a decirle a mi papá.

No me quiso creer, y cuando se asomó a la ventana del apartamento que daba al parque su orden fue: “Hay que cuidarlo”

La multitud hizo coro para que nadie lo dañara, pero allí estaba él, escuchando los malestares de la población, ideando soluciones y buscando en cada uno de nosotros a algún conocido.

Mi madre se acercó a abotonarle la camisa para prevenirle un catarro y mi vecina, con una enfermedad terminal, no quedó en cama.

Con ella se tejó una leyenda porque una semana después murió con la palma de su mano en el pecho, muy junto al corazón. Entre las curvas blancas quedó registrada la firma del Comandante.

Fábula de madre e hija

La verdad y la justicia son madre e hija aunque nadie puede identificar cuál de ellas es la progenitora.

Dicen quienes las conocen que gustan de las sombras porque siempre que salen a la luz un rabo de nube se forma y un viento arrasador demuele cualquier objeto a la intemperie.

Sólo en un lugar del Caribe se les ha visto vagar, allí un día decidieron asentarse cuando descubrieron que un pueblo las veneraba.

Construyeron su casa en varias ciudades porque supieron de un hombre barbudo, -no muy viejo, rodeado de otros con la virtud en la mochila, -las tomó de la mano y las plantó como semillas, el primer día del mes de enero de 1959.

Al cabo de un siglo, los frutos de la verdad y la justicia pudieron cambiar el mundo.

Matiné infeliz

Ciudad de Pinar del Río, occidente cubano. Tarde dominical del 28 de mayo de 1961. Deambular de los pobladores ciudadanos, familias entregadas al ocio, muchachada buscando lugar recreativo, niños pendientes a la cartelera filmica.

Escasos los televisores en las casas y abundantes los aparatos de radio. La preferencia es el cine, lugar de encuentro con la película de moda, para suspirar por actores, llorar con los dramas y reír con las comedias.

La atracción de la población infantil es la matiné con dibujos animados y comedias silentes tomadas en blanco y negro.

La cola del cine Riesgo se ve abultada. Quienes pretenden colmar las lunetas son padres en compañía de sus hijos, grupos juveniles menores de quince años que acompañan a sus hermanos, primos o vecinos. Se inicia la proyección con la sala atestada de cinéfilos.

Película en su punto clímax, ruido explosivo, fuego en la pantalla, humo en las tinieblas de un haz de luz del proyector que no se detuvo.

Gritos, carreras hacia la salida. Puertas principales cerradas a propósito. Evacuación del personal por una diminuta puerta lateral que no da cobertura al atropello y la algarabía.

Desconcierto, pánico, personas que rompen gruesos cristales de los portones de acceso. Niños confundidos buscando a sus conocidos. Gritos de nombres. Preguntas por seres queridos.

Gente solidaria espanta la muerte en varios minutos. Heridos salen de las cenizas derrumbadas de la estructura arquitectónica. Tarde infeliz de domingo irrumpida por una bomba terrorista.

Memoria latente contra los asesinos cobardes que supieron disfrazar su anonimato.

Condena para los terroristas, clama el pueblo.

En paz queremos crecer, cantan los niños.

Libertad

La libertad tenía escudo y bandera pero no fronteras.

Sabe de muchas guerras realizada en su nombre pero carecía de filiación hacia un territorio, gustaba de vagar itinerante por el mundo sin mayores responsabilidades.

Acudía a la cabecera de los enfermos y los moribundos a calmar las penas y a presentarle a una amiga: La esperanza.

Los hombres invocaban la libertad, pero su orgullo se erguía. Tomaban a la bandera como sabana y al escudo como coraza, desaparecía entre las multitudes para continuar su rumbo.

Sólo una vez se le vio el rostro: el primer día del mes de enero de 1959, cuando unos barbudos corajudos bajaron de las lomas.

Tomaron a la libertad, la dividieron en trocitos y la repartieron al pueblo que la bebió y la respiró hasta sentirse extasiado.

Ha pasado mucho tiempo y la libertad no se ha podido recomponer.

Recuerdos de 50 años

Días imborrables los primeros meses del año 1961 en Cuba, se vivía una gran fogosidad revolucionaria.

Las medidas populares por el inicio de otro tipo de modelo económico tocaban la piel de cada cubano y se ansiaba una causa para volcar el espíritu hacia un bien colectivo.

La campaña de alfabetización fue iniciada por miles de jóvenes que desafiaron a sus familias, las normas y el miedo para llegar a los rincones inhóspitos. Los cuarteles fueron convertidos en escuelas y el entusiasmo de cambio oxigenaba las pasiones.

La hostilidad del gobierno de Estados Unidos contra Cuba se manifestó en el financiamiento y asesoramiento militar a grupos de bandidos en el Escambray, el apoyo a sabotajes y hechos vandálicos, la organización de la contrarrevolución interna y el entrenamiento a fuerzas invasoras en países latinoamericanos.

El llamado fue a integrarse a las milicias y la Universidad constituyó una cantera importante. Los estudiantes universitarios en deuda con el Ejército Rebelde sintieron que su momento llegaba y alistarse para recibir instrucción militar resultaba la faena de primer orden.

Ismael Pérez Gutiérrez, con 18 años, se convirtió en miliciano en su Facultad de Derecho y se incorporó a las Brigadas Universitarias José Antonio Echeverría que lo instruyó en la táctica militar.

Recuerda su participación en el mitin para condenar el sabotaje a la tienda El Encanto ubicada en la intersección capitalina de las calles de Galiano y San Rafael y se sumó a los donantes de avituallamiento para las familias que perdían sus pertenencias producto de la ola de atentados en el país.

Vivía en la casa de un tío ubicada en la zona de Playa del oeste y desde su ventana podía visualizar el gran ajetreo de la aviación cubana en el aeropuerto de Ciudad Libertad que a cualquier hora se sentía el despegue o aterrizaje de alguna nave aérea.

No olvida el amanecer del 15 de abril, porque ese día sintió los vuelos rasantes y ante los sonidos de bombas y ráfagas, su intención fue protegerse parapetado entre las paredes, luego se asomó a la ventana y vio tres aviones atacando al aeropuerto repelido por las armas antiaéreas.

Su pedido ante los aviones intrusos fue: “¡Túmbenlos, coño, túmbelos!” Fue en el preciso momento en que los vuelos se sintieron casi en el techo de la casa y una ráfaga hizo temblar las nubes para que los aparatos aéreos huyeran despavoridos y uno perdiera altura por un fuego intenso en su cola.

Su actitud, después de ese suceso, sólo fue una: vestirse de verde olivo y mezclilla y caminar hacia la Universidad.

La valentía y los espíritus

La valentía rastrea los espíritus. Se le ve en el enfermo, en el dolor, entre la angustia y el malestar.

Cuba la ató a la noche en el borde de una fiesta de fin de año en 1959 y en su magia de cambio permitió que las penumbras alumbraran el andar.

Cuentan los cubanos haberla visto en los barbudos de la Sierra Maestra, en los jóvenes inundados de entusiasmo, integrantes de Los Cinco Picos, Maestros Voluntarios y alfabetizadores.

Luego se le vio en aquellos que quisieron probar fuerza y ser testigo de quienes dejaron una huella en el Pico Turquino, entre risas para calmar el miedo, palos para atraparla en cada arbusto, sudor y lluvia de la temporada, sed y hambre por la acampada.

Se mantuvo ahí como una ninfa brindando música y alentando los corazones.

Sólo una vez la secuestró la cobardía, fue en las montañas del Escambray cuando un grupo de alzados se disfrazaron de mercenarios con trajes de egoísmo y lujuria. Incluso se sintieron protegidos cuando desembarcaron unos marines apátridas en Playa Larga.

El espíritu de los necesitados, de esos que oyeron muchas promesas en los gobiernos demagógicos y sólo tenían como alternativa sobrevivir, tomó el fusil al hombro, una boina y acudió al BON de milicianos.

Fue entonces que la valentía abandonó su encierro y se apostó entre jóvenes con ideología de ¡Patria o Muerte!

Los espíritus circularon por las arterias juveniles porque sabían que morir por la patria es vivir.

La pelea

Fue en la Ciudad de New York donde se programó un tope bilateral de boxeo entre Cuba y Estados Unidos allá por la década del 70.

Las personas se agruparon espontáneamente en la calle, se esperaba la salida del equipo cubano desde el hotel hasta el Coliseo.

Los custodios estadounidenses temieron alguna agresión física y decidieron el traslado de los atletas a través de un túnel.

La llegada del equipo causó conmoción en el público, todas las lunetas estaban colmadas y en las gradas no cabía otra persona más. Todo se volvió grito, chiflidos, frases, coros, aplausos, luces, sonidos.

Presentan las escuadras, con los nombres de los boxeadores por división. Los altos parlantes anuncian el nombre de “José Gómez” y el público no aplaude, sino abuchea. Proliferan palabrotas y se nota una inconformidad total. El favorito en la división es Alex Ramos y para él, la aprobación unánime de los espectadores en el centro deportivo.

Se hace una demostración de tiro de balón hacia una canasta de baloncesto, al concluir, otra presentación. Una vez más el público demuestra su simpatía por el estadounidense Alex Ramos y rechazo para el cubano José Gómez.

Hora del gran combate de los 75 kilogramos. Suena la campana y en primer asalto ambos boxeadores se estudian para ganar puntos en el marcaje de golpes de gancho. Buscan encontrar el lado débil del contrario para hacer la pelea deseada.

Un descuido del cubano y cae a la lona con un golpe conectado por el norteamericano. Retumba la alegría en el Coliseo y entre gritos y chiflido se incorpora el cubano para reanudar la pelea y esperar el campanazo del final del primer tiempo.

En la esquina de Cuba, los entrenadores echan agua y buscan la ira del boxeador. Una frase lo hizo reaccionar:

--Vas a perder la pelea, cojones.

Con esa frase en los oídos de José Gómez, regresa al segundo asalto. El puño chocó varias veces en el cuerpo de Alex Ramos, hasta que un golpe seco hizo temblar la cabeza del norteamericano que perdió la estabilidad y queda tendido entre las doce cuerdas.

En un instante el país se paralizó, el silencio cundió en el conteo de un árbitro que decreto el fin de la pelea y coronó al cubano como triunfador.

A partir de ese momento el público entendió que Cuba llegó para ganar.

Enigma

La mirada escudriñaba los sitios y descubría olores y canciones. Se convirtió en la espía del conocimiento pero le resultaba imposible ver en su mismo cuerpo.

Su mejor aliada: la claridad y su enemigo: la oscuridad. Pero esas circunstancias se dominaban con la experiencia para recorrer los caminos.

La mirada no pudo razonar el día que apareció el amor, atado al cuerpo de un joven de anchos hombros y cintura estrecha, sólo sintió la imposibilidad de observar hacia otro sitio.

Su gran propósito: abrazar aquella pasión ardiente que provocaba el llanto.

Primero halagó al joven, luego conversó, regaló sueños, se hizo amiga, invitó a un paseo, conoció de su pasado y construyeron un futuro idílico.

Cuando el joven se sintió atrapado y sus pensamientos necesitaban de una compañía, sólo entonces, la mirada ofreció su beso.

Sonido para ver

Llegó la radio! Fue la frase escuchada y todos los muchachos se juntaron junto al aparato cuadrado de madera y forrado en cartón que deslucía entre las paredes de tabla con techo de guano. Enseguida se escuchó la voz tierna recomendando la pasta Colgate para una sonrisa limpia y blanca, a continuación un joven prefería la cerveza Hatuey y una señora clamaba por el Crisol para limpiar los muebles.

A partir de ahí algo comenzó a ser diferente en la casa. Se soñaba con una fiesta de quince para la hermana mayor, con baile de vals en un salón de piso de mármol. Los niños se identificaban con “Tarzán” y “Peter Pan”, mientras que los adolescentes suspiraban con “Leonardo Moncada” y el “Derecho de Nacer”.

Imposible de precisar, si fue a finales de los 40 o principios de los 50 cuando llegó aquel artefacto de bombillo, pagador de una deuda contraída por la venta de la leche. Fue el viejo que centavo a centavo fue comprando las pocas reses para el terrenito soñado desde su llegada de Asturias. Así nacieron los once hijos que aprendieron a ordeñar antes de caminar.

El rancho estaba allí junto a la carretera central a pocos kilómetros de la Sierra Maestra. Sólo se conocía que el poblado más cercano se llamaba San Germán. De Holguín, el tío contaba de las tiendas y los comercios, donde se conseguían telas y vestidos. A nadie le preocupaba, que los zapatos pasaran de hermano a hermano cuando quedaban chicos y no se rompían.

Dormir en la hamaca de lona, soportar el calor y los mosquitos nocturnos era parte de aquel lugar, donde las aspiraciones culminaban en los sueños por ver el mar. Sólo la radio hizo crear ilusiones diferentes. Allí estaba la magia de “El Rey de los Campos”, donde las campesinas pobres mejoraban su vida con un matrimonio ó la alegría tonta de “La Tremenda Corte”.

Odiar a la “Rata” por asesinar a mujeres lindas y enamorarse de una ciega, pensar que “El Hombre de la Casa Prado” un día se asomara, con su guayabera , al portal; o que se ganaría el billete de la lotería vendría a ser el complemento para sentir la vida diferente, no pensar en las madrugadas para el ordeño, y encontrar una idea para aliviar el dolor de la miseria.

La voz de Violeta Casals, --¡Aquí Radio Rebelde!—rompió el silencio del monte y el Ejército Rebelde comenzó a ser noticia en la familia, para luego comentar con quienes llegaban al rancho, que unos jóvenes barbudos andaban con fusil al hombro por las lomas.

Fue la radio quien hizo que los varones de la familia asaltaran a un casquito en la carretera para quitarle la pistola e irse a buscar a los Rebeldes. Así nos enteramos que un 31 de diciembre se llamó a la huelga general y que el dictador Batista huyó de país.

También con la radio se supo de las hazañas de Camilo Cienfuegos, de las anécdotas del Che y de los emocionantes discursos de Fidel. Se abrió las puertas a los alfabetizadores y las becas fueron el sentido para comprender que la cultura es agrietar la frontera hacia una vida mejor.

El radio de bombillos desapareció junto a sus comerciales, como también se derrumbó el rancho de tabla y guano. Ya no vive el asturiano y los hijos se han mudado del lugar. A eso yo le llamo Revolución.

Isla

La Isla de Cuba, con su juventud veinteañera, se abanicaba en el balcón cuando escuchó la voz que un joven llegó al Caribe desde las lejanas tierras del Orinoco.

Ella, en su niñez, conoció de las injusticias de un sistema progenitor llamado capitalismo y en su adolescencia luchó hasta emanciparse con un rostro barbudo que inundó la Sierra. Su casa se alumbró con la lámpara de la libertad y las puertas se abrieron para socorrer a los necesitados, educó a los analfabetos y les mostró el culto para ser libres.

Calmó el dolor de los enfermos y previno a los sanos para que no enfermaran, alargó la vida de los ancianos, inmunizó a sus niños y colocó a su pueblo en el justo lugar de la admiración de los demás.

La envidia apareció en su vecino imperial del norte y con un manto oscuro pretendió asfixiarla, pero Cuba extendió su hombro a todos los oprimidos del mundo y se apareció la solidaridad distribuyendo amor.

Fue entonces que en un resplandor llegaron jóvenes de todo el mundo vestidos con trajes negros, mestizos y amarillos, pero sólo uno: llegado del Orinoco la roció con el ALBA.

Un médico brasileño en Venezuela

El gran Orinoco cubre con su mística todo el continente americano y la comunidad de indígenas conocida por Nabasanuka, en el Delta Amacuro de Venezuela, conoce que la vida y la muerte guarda relación con el agua, manantial ancestral que alimenta y cura las enfermedades.

Allí, frente al viejo espigón se encuentra el ambulatorio donde trabaja el médico brasileño Marcus Dutra, quien dijo a todos que venía de Cuba, un lugar fantástico del Caribe donde los jóvenes latinoamericanos pueden estudiar medicina.

Cuba y el Orinoco comenzaron a converger en las conversaciones, mas cuando la madrugada se oscureció con el toque a la puerta de una gestante y una alerta de los familiares de una emergencia grave.

La joven embarazada nunca asistió a una consulta prenatal porque no conoció de la existencia de un médico, jamás recibió un examen para diagnosticar alguna enfermedad gestacional y desconocía de medicinas necesarias para un alumbramiento feliz. Nadie le explicó acerca dietas y terapias para un parto sin dolor.

A Marcus llegó cuando las contracciones se sucedían una tras otra y un rápido reconocimiento clínico certificó un ataque de eclampsia con una hipertensión con peligro para la vida de la madre y del bebé.

La ambulancia sin gasolina y nadie en los alrededores contaba con transporte automotor para un traslado, sólo el río estaba apto para la navegación pero la lentitud de una patana abría paso al riesgo.

El hospital más cercano se alejaba por la brevedad del tiempo deseoso de llevarse en su guadaña una vida adolorida por la miseria de una sociedad que olvidó a sus pueblos

originarios y los encerró en zonas boscosas como para no recordar nunca a sus progenitores.

Marcus vio en la parturienta a cada uno de sus profesores de ginecología, quienes le enseñaron cómo accionar en un momento de tanto stres, tomó el aliento necesario y luego de un proceder rápido se realizó el alumbramiento. Sólo restaba que la madre evolucionara satisfactoriamente a los medicamentos y hacer descender la presión arterial.

La ciencia fue aplicada gracias a la enseñanza cubana, sólo restaba esperar que la madrugada no arrasara con la vida fértil de una joven indígena.

Allí estuvo Marcus, vigilando a su paciente e invocando a los dioses del Orinoco.

Alumbramiento

Agosto, día 13, verano en el Caribe, embarazo y contracciones, alumbramiento en un vientre santificado.

Una Isla pare, no grita pero sufre de dolor, su felicidad llegará cuando una de las criaturas salidas de sus entrañas se convierta en la cura de todos y para todos.

Nacimiento: la criatura viene y en su rostro está el abogado, el guerrillero, el líder, el estadista, el Comandante.

No fue bautizado porque tiene muchos padrinos y las hadas no se pusieron de acuerdo. Sus dones son tan extraordinarios que una confusión se arma a la hora de predecir el futuro de la criatura.

En el recién nacido se encuentra el carisma de lo diferente y lo común, la liga entre lo mestizo y lo español, la unión de la universalidad y la singularidad.

Pudo semejarse a un ser venido de otra galaxia, pero varios testificaron que nació en Birán, en el norte oriental, que su madre fue Cuba y su padre el Continente, por eso no hubo duda que nació.

Y como nació, se educó en un entorno de libros, campo, pobladores y libertad, por lo que no admitió la injusticia a su llegada a la ciudad.

Emprendió el camino por la guerrilla cuando vio que sus palabras y escritos morían olvidados en las páginas de los diarios. Su luz irradió al mundo y se hizo célebre cuando su lucha no terminó con las armas sino que continuó ante un monstruo imperial que convivía en su misma latitud geográfica.

Para ese entonces, vislumbró la integridad impregnada de amor. Porque el amor, de ese ser superior de la galaxia convirtió la profecía en utopía y la utopía en realidad.

Recorrido

Imagine una cálida noche en la capital cubana donde un ómnibus (guagua) se desplazaba en su recorrido habitual. El transporte, por su escasez, es joya preciada, esperar por el próximo equivale a más de una hora en el camino.

Focalice su atención en que la guagua viaja abarrotada de público. La música y el ruido causan molestias, nadie protesta por ello. Pero observe que al descender los hombres ayudan a las mujeres y estas devuelven: “gracias”.

Así ocurrió, primero la intercepta una señora apurada, quizás sale de su trabajo ó debe llegar hasta el. Hace señas en el semáforo después de correr diagonalmente, desafiando el tráfico y con cara de lamentación para lograr su objetivo. En pago al favor, deposita en manos del chofer un peso cuando sabe que el pasaje cuesta cuarenta centavos y debe ser añadido a la alcancía.

Luego en la parada, un matrimonio transporta un perro y antes de que el chofer llame la atención, ella declara que el animal está muy enfermo y debe transportarse a la clínica. El suplico también conmovió al pasajero sentado en el lugar destinado a embarazadas y niños porque cedió su lugar, por gesto de humanidad.

Después de transitar unas cuadras, dos jóvenes hacen seña para que el ómnibus se detenga. Ambos portaban un enorme televisor. El chofer de buen carácter se detuvo y los jóvenes se acomodaron en un lugar, dando las gracias al conductor y abonando su pasaje en manos de este.

Así mismo, al arrancar la guagua desde una parada se sintió el chiflido de una persona y señas para la espera. Pero en la carrera precipitada se desprende una jaba de nylon y se riegan las papas en la avenida.

El chofer no sólo esperó sino que entre los pasajeros, surgió de pronto, una jaba sustituta que fue alcanzado por otro sujeto que le ayudó a recoger el tubérculo en el menor tiempo posible, a riesgo de un accidente por la transitada avenida.

Eso sin mencionar los escándalos de los pasajeros ante cualquier parada casual para que las puertas se abrieran, --como el sésamo--, y bajar en la esquina más cercana.

Para el cubano es algo cotidiano, y sino qué demuestren lo contrario.

Para el extranjero, si no cree en los hechos narrados, venga a Cuba y suba en una guagua.

Comprueben así, que las ilegalidades pasan inadvertidas, cuando los gestos de solidaridad abundan.

Nacimiento previsto

La aurora enfermó entre tanta contaminación ambiental.

Pidió ayuda a los gobiernos, se celebraron congresos y se escribieron disposiciones.

Nada pudo hacerse contra el invierno fuerte, el verano caliente, la lluvia impertinente o el deslizamiento del fango.

Tampoco contra la sequía y la desertificación de los suelos. Los bosques arden y las plantas no florecen.

La enfermedad de la aurora se agravó y los temblores se iniciaron en diferentes puntos del planeta.

Los tsunamis ahogan a las poblaciones que huyen hacia las montañas donde escasean los alimentos.

Sólo una cura puede aliviar el dolor.

Así nació el ALBA

El sueño

Tengo 12 años, nací y vivo en Bolivia, en la comunidad rural de Lajas, al norte de La Paz. Mi mamá cultiva la tierra y mi papá es maestro. Nosotros hemos estudiado gracias a la insistencia de mi padre. Por él supimos de las ofertas de becas en la embajada de Cuba para la carrera de medicina.

Mi hermana Liliana, con su timidez a cuestas, categóricamente dijo que ella se iría. De forma callada, tal como somos los indígenas Aymara, hizo las averiguaciones y se anotó. De pronto dio sus exámenes, luego fue citada. No quedó otra alternativa que realizar una reunión familiar con mis tíos para pedir la colaboración en el pago del viaje.

Recuerdo que fueron días intensos porque en mi casa no se hablaba otra cosa que no fuera Cuba. En ese momento busqué los libros y supe de la Isla en el Mar Caribe. Yo me imaginaba el mar igualito al cielo. Nunca he visitado la costa y cada vez que alzo la vista, me parece que una isla es como una nube sin forma dentro de color azul celeste.

Mis papás se sentían felices de su segunda hija que obtuvo una beca entre los miles que se presentaron. Ellos pagan la colegiatura de mi otra hermana mayor en la facultad de pedagogía y no tenían recursos para impulsar a Liliana en otra carrera universitaria, por lo que el orgullo se volvía alivio y tranquilidad.

Pasó muy poco tiempo en la preparación del viaje, todos querían que Liliana se llevara algo y mi abuela trajo una manta y mi papá dijo que en Cuba el calor era terrible y yo que vivo en un lugar frío no me imagino el calor, por eso insistimos en que ella se llevara la manta porque en algún momento debe hacer frío.

Ella se llevó las abarcas, porque las sandalias si resisten el calor y todo tipo de clima. También mis tíos trajeron dulce de leche y así hicimos su jolongo. La despedimos en la casa con mucho llanto y sólo mi papá la acompañó al aeropuerto para no hacer gastos. Mi mamá le recomendó que tomara mucha sopa.

Mi hermana, Liliana, con su tez morena y su pelo lacio estudiando medicina. Vestida con una bata bien blanca, tal como la lleva los doctores, y destilando olor a cloro y alcohol como en los hospitales. Ella, sonriendo con sus dientes limpios y el hablar bajo para no

ofender. La veo entre su timidez, cargada de libros y conversando de enfermedades con sus compañeros.

Las primeras cartas recibidas en casa, hablaban de la nostalgia y narraban los varios días sin comer porque no se adaptaba al arroz. Por eso mi madre la llamaba por teléfono una vez al mes para animarla y recordarle su promesa de regresar siendo médico.

Luego vinieron las fotografías y vimos que ella estaba en un lugar muy lindo nombrado “ELAM” por sus siglas de Escuela Latinoamericana de Medicina. Que los edificios estaban pintados de azul y blanco y mi hermana convivía con muchachos de otros países con cultura diferente.

Hasta nos contó en una de sus cartas que hacían festivales culturales donde cada país mostraba sus vestuarios, comida, bailes y canciones. Ella se retrató bailando las danzas “Llamerada” y “Salaque”, esa que hacemos los aymara para rendir culto a la llama y para obtener mejores cosechas de papa. También nos dijo que jugaba fútbol y que se hacían competencias entre los chicos.

Quizás el momento más difícil fue cuando recibimos la noticia de su operación. Dijo que era una cecopexia, la palabra no se me olvida porque en Bolivia nunca se le descubrió que su colom no estaba fijado genéticamente. Le practicaron una cirugía de mínimo acceso a través de una parascopía.

A todos nos sorprendió cuando nos contó que a partir de tercer año ella hacía guardia en los hospitales y tenía que brindar asistencia médica a uno o dos pacientes cubanos. Así nos fuimos enterando cómo aprendió a inyectar, a tomar presión, a medir temperatura y leer resultados de pruebas diagnósticas.

Ella nos contó de sus experiencias en los consultorios cubanos, de su paso por las asignaturas de pediatría, ginecología, medicina interna y psiquiatría. Entonces vino un día y nos dijo que su internado lo haría en la comunidad nuestra y rápidamente toda la familia nos movilizamos a preparar un local para que atendiera a nuestros hermanos.

Ella con una sonrisa y su bata blanca ya se va a recibir de médico. Yo sueño con una graduación donde una persona importante le entregue su título y ella, esté allí, junto a sus compañeros tomándose fotos.

Quizás este es un sueño de todos los aymaras, porque consultarse con un médico, años atrás, era un privilegio. Ahora es mi hermana, “La Doctora”, quien atenderá a todos los indígenas sin discriminaciones.

Yo me preparo para ir a Cuba porque así debemos ser las personas: libres como el océano y cargados de sueños.

Parto

Aléjate desesperación de los haitianos, chilenos y japoneses que vieron temblar sus casas por el gemido de las rocas.

Desvíate dolor de los rostros infantiles hambrientos y toma la vereda hacia la pasión para producir el cambio en la mentalidad. Se necesita el porvenir.

Alivia amor al deseo del cambio para que el futuro se presente antes del ALBA y las multitudes enardecidas no llenen de sangre el camino por donde se debe transitar.

Aguanta ira, no te apoderes de la racionalidad, porque la guerra es infértil, si con ella, no se consigue la emancipación.

Grita pueblo, golpea al capitalismo, defiende tu estirpe, y desgarras la dignidad desde el interior de un vientre grávido.

La era está pariendo un corazón.

Trágico suceso

La muerte duele, cuando el sabotaje mella. Fue el 4 de marzo de 1960. Cuba se describe a sí misma como entusiasmo, consignas, tareas, movilizaciones y futuro.

Las fuerzas de apoyo: excluidos por un siglo de dependencia y neocolonia; las víctimas del desempleo, el analfabetismo y la insalubridad; los descendientes de mambises; los seguidores de Fidel.

La contrarrevolución: los pocos beneficiados con el capitalismo; dueños de crímenes y torturas; soñadores del egoísmo por la propiedad y temerosos del cambio. Ellos fueron los aliados incondicionales del imperio para agresiones de todo tipo.

Estuve allí, fui el miliciano de guardia en los almacenes del puerto. La rutina del día fue interrumpida por la explosión a las tres de la tarde. Corrimos al lugar y la palabra es: ¡Horror!

Momentos antes, zarpó el barco francés La Coubre. Pocos conocían de su carga en las bodegas: pertrechos militares procedentes de Bélgica, importantes para la defensa del país. El estallido creó un hongo negro visto desde cualquier punto de la capital.

Al unísono, todo se convirtió en personas corriendo, alarmas de ambulancia, sirenas de bomberos y policía. Tráfico obstaculizado. Humanos y objetos desbaratados: sangre por doquier, sesos en el piso, cadáveres sin cabeza, piernas sueltas con el zapato puesto, cráneos deformados con los ojos botados, mandíbulas con sus dientes, huesos sin carne, cuerpos achicharrados, cosas consumidas por el calor.

Los gemidos se apoderan del coraje para no perder un segundo y enfrentar la situación. Inmediatamente todo fue auxilio.

Yo cargué a un desconocido en mi espalda y en una carrera apresurada lo saco hasta la línea del ferrocarril, cerca de la estación central para montarlo en un auto.

Es cuando veo al gigante de verdeolivo, con su barba tupida y caminando de prisa como si fuera a encarar al enemigo. Sólo podía ser él: Fidel.

Lo vi, por fracciones de segundo, un nuevo estallido nos lanzó suelo. La reacción no pudo ser otra: la bravura no dejaba espacio a las cavilaciones. Si él estaba allí, la orden se dio. Y aunque los metales de la segunda bomba se convirtieron en fina llovizna, el miedo se disipó y la solidaridad apareció.

Yo imagino aquel hecho como la guerra que se libró meses antes en la Sierra Maestra porque en pocos minutos aparecieron todos los dirigentes. Fue la primera vez que estuve al lado del Che y de Raúl, sin mencionar a los no conocidos que brindaron su hombro para cargar heridos.

Convencido quedé en aquel momento y seguro estoy ahora, que la Revolución no se destruye con bombas, todo lo contrario, se fortalece con valor.

Paseo

El amor y la ternura siempre iban de la mano repartiendo felicidad. Se les podía retratar en la rosa regalada, en el poema al azar, en la pintura enmarcada, en la canción favorita, en los movimientos sensuales de un baile y hasta en la frase dicha.

Se acercaban al juego de los niños, al rostro de una madre, a la ingenuidad de los adolescentes, a la protección familiar de los abuelos.

En su andar por el mundo, se les vio en la arquitectura de una ciudad, en el confort de una vivienda, en los inventos de la humanidad, en la calidad de las ciencias.

Pero alguien dice que olvidó visitar algunos pueblos y por eso hay líderes que buscan y conquistan para llevarlos a sus moradores.

Así pasó en Cuba, se regó como fertilizante en los suelos y las semillas germinaron el doble.

Por eso se les ve a los cubanos vestidos de batas blancas, arropados en aulas improvisadas, entregando sus conocimientos en tecnologías, visitando cerros, montañas, valles y sitios apartados.

Es así que cuando Cuba pasea por el mundo, los demás se quitan el sombrero y saludan porque ven el hechizo del encanto que el amor y la ternura depositaron en sus raíces.

Barco de historia

Parece una noche tranquila. El almanaque muestra la fecha del 30 de enero de 1990. El mar del Golfo de México transmite una total serenidad. El timonel del buque Hermann cumple su turno de guardia en el horario comprendido entre las cuatro de la madrugada y las ocho de la mañana. Informa al Primer Oficial, la cercanía de otro barco por la popa.

Hermann, de bandera panameña, fue rentado por Cuba para buscar una carga mercante a México. Partió desde el puerto de Moa a fines de diciembre y el viaje resultaba una total rutina de no ser por los vuelos de avionetas que en ocasiones rondaban el barco y lo acompañaban por breves minutos.

En horas del día, del 30 de enero, se conoce que el barco acompañante resulta ser un guardacosta de Estados Unidos pintado de blanco con raya rojas en sus laterales. En su proximidad exige a los tripulantes cubanos detener la marcha para realizar una inspección.

El acecho se incrementa. No bastan las gestiones del Capitán del Hermann con la máxima autoridad del otro buque para desistir en el empeño de la inspección. El barco cubano viaja sin carga.

Seis de la tarde, comida lista. Chorro fuerte de agua que penetra por las escotillas del Hermann, moja el camarote del capitán y echa a perder la comida. Cubanos en el puente vociferando groserías y mostrando sus genitales en señal de no detener el barco bajo ningún concepto.

Se hace evidente una llamada a Cuba por el peligro de agresión. Desde La Habana se advierte a los once tripulantes del Hermann que el guardacosta estadounidense realizará un ataque de madrugada.

Es la medianoche, los once cubanos se reúnen. Se arman con palos, piedras, hachas, destornilladores, cuchillos de cocina, y otros objetos cortantes de defensa personal. Se cubren de los chalecos salvavidas, acuerdan no claudicar hasta la muerte. Entonan el Himno Nacional y cubren sus posiciones de defensa en el buque.

Cuatro de la madrugada, reflectores de luz hacia Hermann y ultimátum dado por la embarcación yanqui.

Ráfagas de ametralladoras irrumpen el silencio, más de 160 impactos de bala en la nave cubana. Alarmas tronando en el mar. Comunicaciones que se interrumpen con la caída del radar.

Maniobras del timonel que aleja por breve tiempo al guardacosta norteamericano, embestida cargada de odio, con balas silbantes y metralas de abuso.

Claro de luz, alba en el horizonte, rayos de sol de inicio del día. Torres de petróleo a la vista. Barco decidido a volatizar antes claudicar.

Enemigo cobarde, se detiene ante el coraje. Fechoría consumada, vandalismo realizado, fuga feroz, rápida y sin rastro de la nave pirata.

Victoria alcanzada con el valor de la dignidad. Hito de recuerdo repetido hasta la saciedad. Mito del proyecto social que avanza antes las adversidades. Sociedad construida bajo la amenaza de agresión. Gloria esculpida en la huella de la memoria histórica.

Disputa

La pasión y el gusto no podían reconciliarse, cada una peleaba por el amor.

En la pelea, cada cual tomaba su mejor parte para mostrarla.

La pasión se sentía orgullosa de ser el ángel fugaz en una pareja, la inspiración de un artista, el motivo de la existencia.

El gusto decía ser la atracción inicial de un encuentro, la necesidad de una relación carnal, el motivo para continuar la unión.

Pero las dos coincidían en un punto: Deseaban ser al amor.

Un día, se pusieron de acuerdo y lo velaron en un oscuro camino, le tendieron una trampa y lo secuestraron.

Se sentían orgullosos la pasión y el gusto porque enjaularon al amor y no se dieron cuenta de un pronto fallecimiento.

A pesar de los esfuerzos con hechiceros, el amor no prendía en el pecho de la pasión y el gusto, y a su vez, ellos mismos se contagiaron con la enfermedad del amor.

Sólo, entonces, lo liberaron

Nacimiento

Domingo, hospital de San Cristobal, en el estado venezolano de Táchira, conocido como el “Antituberculoso”. ¿Fecha? 4 de mayo del 2008.

Agetreo, prisa en los médicos, llanto de niño, olor a formol. Llega una emergencia. El personal paramédico informa: Paciente nombrado Luis Amaya, de 19 años con cinco heridas profundas producida por un arma blanca. No hubo más datos, ni otra credencial.

Se alista el personal de enfermería para limpiar las heridas. Batas blancas se dan prisa para la evaluación del caso. El joven se pone agresivo, grita palabrotas, empuja al que se le acerca y da patadas y puñetazos sin control. Se busca una inmovilización pero no se deja tocar. Desde lejos se ven los ojos irritados y la pupila dilatada. Se sospecha de alguna droga consumida. Un médico negro, con voz baja le dice:

--Luis, somos cubanos, queremos ayudarte.

Como si no comprendiera, dejó de moverse y fue el instante en que varios del personal médico se abalanzaron sobre el joven para amarrar, con cuerdas, cada una de las extremidades a la camilla. Quedó completamente desnudo y un rápido diagnóstico precisó la necesidad del quirófano. Los especialistas en anestesia lo prepararon con la agilidad de una muerte segura, se debía confiar en su fortaleza física.

Las suturas se iniciaron en el estómago, luego se hizo una colostomía porque tenía una gran herida en el colon, además del diafragma y la pleura parietal, todo abierto. Su cirugía duró más de tres horas.

Luis tranquilo, bajo los efectos de medicamentos, despierta preguntando su ubicación y el motivo de estar allí.

Una sonrisa morena, con acento cubano le explicó en un susurro.

--Estarás bien, ya se alejó la bruja de la guadaña.

Pronóstico

La vida hizo pronósticos del fin al conocer la existencia de la irracionalidad. En ese momento conoció de la escasez de los alimentos, del agotamiento del agua, el combustible y los recursos naturales, y fue testigo de la ocurrencia de grandes catástrofes.

Visitó al doctor pero su medicamento no lo pudo conseguir. Se le recetó voluntad política.

Su enfermedad se agravó con la aparición de los imperios y la necesidad de guerras cada vez más sofisticadas para la colonización.

El suspiro de muerte se hizo evidente porque un consumismo atroz devoraba los campos y desolaba las ciudades.

El grito de auxilio se escuchó en toda la galaxia pero ningún gobierno pudo extirpar el mal de raíz.

El futuro se vislumbró en un amanecer, un aguacero irrumpió y sus gotas produjeron la palabra onomatopéyica: Revolución.

Anónimo

El batallón de las milicias se recuperaba luego de los combates en Playa Girón en 1961, las tropas cubrían misiones de vigilancia y limpia de la zona para volver a la normalidad.

Quizás por curiosidad, era deseo de los jóvenes milicianos ir al lugar donde se encontraban prisioneros los más de mil mercenarios de la Brigada 2506 que desembarcaron por el Sur de Matanzas, a quienes se les llamaban Los Pintos por su ropa.

Entre un alambrado simple de un patio casero vagaban y al tenerlos cerca me vino a la mente un zoológico donde los animales esperan por su comida, temerosos ante las miradas expectantes.

Vestían uniformes deshechos, ya por roturas sufridas, el agua salada impregnada, los días a la intemperie, o abierto ante el calor. Sus rostros reflejaban miedo que se incrementaba al escuchar la palabra justicia.

Sus miradas demacradas destellaban una desmoralización total porque llegaron con la intención de desembarcar y ganar una guerra sin que el pueblo ofreciera resistencia y sucedió todo lo contrario.

Lo reconocí al instante: era el hijo de Don Manuel de Cárdenas, terrateniente de Agramonte, pueblo de la provincia de Matanzas.

-Oscar- Le dije con toda seguridad y él sólo atinó a preguntar quién era yo.

Por supuesto que no me podía reconocer porque era de esos adolescentes que pedían trabajo a la entrada de su casa como jornalero para los picos de cosechas o para cualquier otra actividad.

Su madre, la Señora Rosa Díaz me empleó para servirle de mensajero y por tres pesos al mes debía hasta limpiar los pisos del lujoso caserón construido en medio de las innumerables fincas de la propiedad familiar.

La señora solía ser grosera porque el negarme a cumplir sus órdenes significaba que varios jóvenes estuvieran dispuestos a suplir mi lugar y yo perdería el sustento para aliviar el hambre de mis hermanos.

Al reconocer a Oscar entre Los Pintos, le brindé naranjas que guardaba en los bolsillos de mi pantalón de miliciano, su temor lo hizo dudar en tomarlas, pero su sentimiento egoísta lo llevó a deglutirla en breves minutos oculto de sus compañeros para no compartir su prenda.

En breves palabras le transmití confianza y que su vida no correría peligro, debía confiar en que la Revolución no se hizo para asesinar o torturar al enemigo sino para proporcionar mejor bienestar de vida a todo el pueblo.

No me entendió, su naturaleza de vida señorial, no podía aceptar una ideología basada en la igualdad y la solidaridad.

Asumí una actitud: Tomé el teléfono y hablé con su hermana Olga, le aseguré que Oscar estaba vivo y sin ninguna lesión en su cuerpo, la orienté en cómo podía visitarlo.

Para no alimentar el sentimiento de gratitud, simplemente, no mencioné mi nombre.

Nombre

Soledad estaba inconforme con su nombre. Siempre que se le nombraba, se pensaba en tristezas.

Ella transitaba por las calles y se sentía rechazada por las personas. Nadie le miraba de frente y sólo se le invocaba cuando el stress agriaba el carácter y las compañías resultaban monótonas.

Soledad no quería ser quien era y mucho menos portar ese nombre. Deseaba desaparecer del mundo y que nadie la mencionase.

Hizo una encuesta para elegir un nuevo nombre.

Los niños dijeron no conocerla porque siempre estaban acompañados de sus padres.

Los adolescentes escribieron que ninguno de los amigos conocidos portaba ese nombre.

Que las actividades resultaban más que las horas del día y por tanto se dormían cansados y pensando en próximo día.

Los hombres opinaron que ellos nunca sentían su presencia porque su constitución los hacía ser fuerte y sobreponerse a los sentimientos.

Las mujeres se abstuvieron de responder el tema porque de solo mencionarlo el temor se apoderaba.

Las organizaciones políticas la alejaban con la unidad y los religiosos con oraciones o remedios.

Después de tanto indagar, Soledad llegó a la conclusión que debió llamarse Esperanza

La primera clase

La profe Catalina García Fernández se inicia en la profesión en Pinar del Río, cuando matriculó la Escuela Normal para Maestros en la década del 50 por no contar recursos para emprender la Universidad en la especialidad de medicina. Se graduó en el verano de 1958 y no fue ubicada con prontitud en el trabajo porque en el capitalismo cubano los pocos maestros graduados no contaban, siquiera, con la garantía de un aula aunque millones de personas eran analfabetos.

En el año 1959, la Revolución hizo un llamado a todos los docentes para que colmaran las escasas escuelas del país.

Catalina desafió su juventud y se fue al poblado pinareño de Macurijes. Se encontró con un aula, construida de madera, techo de guano y piso de tierra que no la atemorizó, y como habitante de la ciudad, su miedo se centraba en los sonidos de animales e insectos. Sin ninguna preparación metodológica y, con sólo sus conocimientos adquiridos en la formación pre profesional, preparó sus planes para impartir docencia en un grupo multigrado, con alumnos entre seis y 15 años.

Alguien le advirtió que la maestra que la antecedió abandonó la escuela porque los niños, para interrumpir la sesión de clases, la asustaban con ranas y lagartijas.

La primera clase fue inolvidable para Catalina. La jornada comenzó con el matutino, el pase de lista y el silencio ancestral para no desviar la atención. La maestra se fue hacia el buró para extraer de su gaveta los materiales a repartir. Al abrir el mueble una ranita indiscreta le salta hacia el pómulo derecho.

Fue un segundo de espanto, con los ojos cerrados y una mueca de asco. Catalina aleja el animal de su cuerpo y dice con toda autoridad a uno de los niños más intranquilo del aula y sospechoso de la broma.

--Emeterio, a partir de hoy, eres el responsable de repartir los materiales antes de iniciar las clases.

Nunca más se suspendió la sesión.

Pedido

Planeta no abandones a tus hijos.
De tu pecho brotó el alimento para consagrarlo en la vida.
Las ambiciones lo llevaron a pelearse unos con otros, primero por los territorios, luego por los recursos naturales y ahora por el combustible.
Quizás mañana también peleen por el poder de la información o por el uso del agua.

Hoy el alimento se convierte en combustible y el uso de la energía nuclear pudiera hacerte desaparecer en breves segundos.

Tu ira ha querido castigar el daño causado, pero los sismos, huracanes, lluvias intensas, maremotos, erupciones de volcanes sólo perjudican a los millones de desprotegidos mientras los causantes se burlan de los maltratos.

Te pido un juicio final. Sienta en los banquillos de los acusados, a los fascistas, a los capitalistas, al imperialismo y permite que los pueblos del mundo hagan sus denuncias.

Elige un juez imparcial y un jurado de otro planeta.

Verás que la pena máxima no es suficiente para tanta maldad pero al menos curará la sociedad de tanto egoísmo.

Quizás, así, podremos sobrevivir.

El Desmochador

Rafael Jiménez Fuentes vive en la desembocadura del Río Toa en Baracoa, Guantánamo, tiene 88 años y se le conoce como El Desmochador. Escala las matas de coco y recolecta la fruta con una habilidad sorprendente. Para su cuenta, “tumba un promedio de 500 al día”.

Su estatura no rebasa los 1.60 metros y su figura encorvada lo hace ver todavía de menor tamaño. Sus piernas guardan la deformación de un ejercicio por encima de la capacidad humana.

Describe su vida de “trabajo duro”. Nació en Sagua de Tánamo y a los ocho años quedó huérfano de padre, al frente de doce hermanos menores, ya nacidos. Por 25 centavos cortaba caña sin otro alimento que el alcohol y el guarapo extraído de la gramínea que “pica la piel con el sol bravo pegado a la espalda”.

Vino a vivir a la playita de Saratoga, en la desembocadura del Toa porque “la pesca da alimento todo el año y no por períodos como la caña”. Tampoco se siembra ni hay que atenderla como los cultivos: “El pescao siempre está esperando para ser enganchado”.

El Desmochador desea no recordar “su pobreza de los tiempos de antes y prefiere hablar de ahora”, de sentirse dueño de una casita a la orilla de la playa con luz eléctrica.

Cuenta que con la entrada de un ciclón o con la crecida de las aguas del río viene una brigada a evacuarlo para llevarlo a una escuela cercana y ahí recibe todos los alimentos y atenciones médicas junto a su familia y vecinos.

Comenta que al regresar ve la huella dejada por el mar y siempre sobrepasa el portón de la casa, pero jamás se pierde nada porque los muebles y equipos se suben a lugares altos cuando escuchan los primeros partes meteorológicos por la televisión.

Muestra las fotos de sus cinco hijos y está orgulloso porque el mayor es un maestro, director de escuela, con méritos y galardones que lo han llevado a participar a eventos académicos fuera del país a pesar de “vivir en una zona tan intrincada como esta”.

Los restantes han estudiado diferentes especialidades “hasta donde quisieron” y en la familia hay técnicos y obreros, pero los nietos: “se mantienen en el estudio”.

Su orgullo es pertenecer al destacamento de vigilancia Mirando al Mar que cuida las costas cubanas.

Asistió a dos cursos que lo prepararon en detectar los cargamentos de droga que recalán en la playa y cuando alguien ve los paquetes enseguida se activa la alarma y llaman al puesto de mando de guardafrontera.

“Lo aseguro periodista, por aquí, nunca va entrar ni un poquito”.

La lágrima

La lágrima se hace acompañar de la tristeza. Quizás puede haber tristeza sin lágrimas pero cuando está una, la otra se le ve muy cerca.

Alguien quiso escuchar el sonido de una lágrima al caer. Dijo que se debía medir o mejor encerrar para experimento de laboratorio.

Un gobierno del norte no claudicó ante las ansias de colonización y dejó sufrir a muchos pueblos del sur.

El malestar se generalizó y para que no fuera dicho por los medios de comunicación, una nube de silencio se tendió a todo un continente que soportó, calladamente, durante siglos mentiras inventadas para adormecer las multitudes.

Con instrumentos rústicos, el sur inventó sus sistemas emancipatorios. Generó Telesur, se expandió en la Internet y penetró en la telefonía móvil.

Su verdad fue dicha.

Un movimiento civilizatorio se adueñó de la esperanza y la Revolución no se hizo esperar.

El día del cambio, la lágrima odió a la tristeza.